

Dr. José Barba Rubio

Amado González Mendoza*

El doctor José Barba Rubio falleció en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México, el pasado cuatro de mayo de 1999. Con este deceso, los dermatólogos y leprólogos de la comunidad nacional e internacional pierden a un importante elemento en el conocimiento y el tratamiento de las enfermedades de la piel.

José Barba Rubio nació el 20 de enero de 1914 en Valle de Guadalupe, Jalisco, México. Sus estudios los llevó a cabo en Guadalajara y en la ciudad de México, siendo en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México donde se graduó de médico en el año de 1942. Sus estudios de dermatoleprología los llevó a cabo con los doctores Fernando Latapí y Salvador González Herrejón, trabajando con ellos en el Hospital General de México.

Al regresar a su nativa Guadalajara y con la experiencia adquirida en México, fue nombrado director del Dispensario Dr. Garciadiego para la atención de los enfermos de lepra. Una de sus primeras acciones en ese lugar fue cambiar el nombre de dispensario antileproso por el de Centro Dermatológico para atender a las enfermedades crónicas de la piel, una de sus primeras acciones para acabar con los prejuicios que rodean a la enfermedad de Hansen.

En 1946 becado por la Secretaría de Salubridad viaja al Brasil y a Argentina donde estudia las enfermedades de la piel y establece contacto con los más distinguidos dermatoleprólogos latinoamericanos de la época, para llevar a cabo estudios sobre atención, diagnóstico y tratamiento de la lepra.

A su regreso a Guadalajara es nombrado Jefe de los Servicios Coordinados de Salubridad y Asistencia y eso le permite consolidar al recién fundado Instituto Dermatológico para atender todas las enfermedades de la piel, pero muy particularmente a

los pacientes con lepra, muy numerosos en la región noroccidental de México.

Fue también rector de la Universidad de Guadalajara y más tarde, gracias a su empeño, se iniciaron los estudios de posgrado en dermatología como una actividad académica que diera al médico especialista el reconocimiento universitario.

Estuvo al frente del Instituto Dermatológico que él fundara y que ahora lleva su nombre, por más de 50 años. Gracias a su entusiasmo y a su perseverancia, logró que el instituto, iniciado en unas muy modestas instalaciones en la calle de Independencia de Guadalajara, se trasladara en el año de 1987, al moderno y funcional edificio que ocupa el día de hoy, el cual cuenta con 22 consultorios y todos los servicios auxiliares necesarios, en donde se atienden alrededor de 40 mil personas por año. Ahí llevó a cabo su labor como dermatólogo y como leprólogo. Entre sus múltiples contribuciones al mejor conocimiento de la dermatología y de la lepra, es necesario mencionar el uso de la talidomida en el tratamiento del lupus eritematoso discoide y en otras dermatosis producidas o agravadas por el sol. Esta contribución al igual que sus estudios sobre la epidemiología de la esporotricosis han merecido reconocimiento internacional.

Pero es principalmente en dos aspectos donde la actividad de Don José Barba Rubio relumbra con particular brillo: en su dedicación a la enseñanza y sus esfuerzos para dignificar al paciente afectado de lepra. Por más de 50 años, fue profesor de dermatología tanto en los cursos de pregrado de la Facultad de Medicina de la Universidad de Guadalajara, como en los de posgrado que se imparten en el Instituto Dermatológico de Jalisco. Por su cátedra desfilaron centenas de estudiantes y en todos inculcó o trató de inculcar el gusto por la especiali-

*Instituto Dermatológico de Jalisco, octubre de 1999.

dad. La gran mayoría de los dermatólogos que ejerce la especialidad en Guadalajara y en el Estado de Jalisco, han obtenido su preparación en el Instituto Dermatológico, al igual que muchos otros que ejercen en la región noroccidental de nuestra patria o incluso en otras ciudades del país y de extranjero. Por otra parte, es notable su incansable labor en favor de acabar con los prejuicios que aún existen en torno al paciente con enfermedad de Hansen, pero que eran peores y más aferrados hace 50 años. Gracias a su esfuerzo se cerraron las leproserías en el Estado, se organizaron las brigadas de acción contra la lepra, se llevó a cabo un censo de pacientes con la enfermedad y se les dio el tratamiento adecuado. Dichos pacientes fueron aceptados en el Hospital Civil y la lepra se consideró simplemente como una enfermedad crónica de la piel de muy baja contagiosidad y por la cual el paciente no debe ser estigmatizado. Esta tendencia es universal en el momento actual pero en su momento los maestros Latapí y Barba Rubio desempeñaron un papel muy importante en hacer que fueran aceptados esos criterios.

Su excepcional labor como médico e investigador en salud pública fue reconocida en múltiples ocasiones; al respecto baste únicamente recordar que en Belo Horizonte, Brasil, en 1963 fue nombrado Comendador de la Orden de San Damián. En 1979 recibió el premio Castellani-Reiss de la Sociedad Internacional de Enfermedades Tropicales en la ciudad de Nueva Orleans. El Gobierno del Estado de Jalisco lo distinguió con el Premio Jalisco en 1991 y el Gobierno de la República, a través de la

Secretaría de Salud, le otorgó la medalla Eduardo Liceaga en 1995. Ingresó a esta Academia Nacional de Medicina el 24 de mayo de 1966.

José Barba Rubio empezó a ejercer la medicina en el momento en que en el campo de la terapéutica hacia su aparición la penicilina. A lo largo de más de cincuenta años de fructífera carrera, le tocó contemplar un prodigioso cambio en todo el campo del conocimiento médico. Con buen juicio supo aquilatar lo que de importante tenían los nuevos descubrimientos, pero nunca se dejó arrastrar por las novedades, simplemente por el hecho de ser novedades. En esa forma ejerció honrada y eficazmente su práctica y en la misma forma transmitió sus enseñanzas desde la cátedra. Sirvió siempre con el mismo cuidado y afecto al personaje de renombre, al empresario pudiente que al más humilde de los campesinos obreros o desposeídos que solicitaran su atención en el Instituto Dermatológico o en su consultorio. Hombre de recio carácter, de gran fortaleza, consciente siempre de sus obligaciones y de las funciones que tenía encomendadas, trabajó siempre con gran diligencia y entrega absoluta a su profesión. Por años fue la primera persona en llegar al Instituto para iniciar las labores y la última en retirarse. A sus 85 años continuaba trabajando con la misma entrega y energía que mostró siempre. Una semana antes de morir, aún se le vio detrás de su escritorio, atendiendo los asuntos médicos y administrativos que reclamaba su puesto de Director en el Instituto Dermatológico de Jalisco. Que descanse ya para siempre el maestro y el médico ejemplar.